

Paradojas de la transformación digital

Ángela Calvo de Saavedra, PhD¹

El contexto que enmarca la siguiente reflexión sobre el para qué de la transformación digital en la Universidad Javeriana, es doble: por un lado, el inexorable y vertiginoso avance de la digitalización del mundo en que vivimos, el cual ha cambiado radicalmente nuestra relación con las cosas, con nosotros mismos y con los otros. Como afirma Byung-Chul-Han, vivimos en el “régimen” de la información, una forma de dominio en el cual el procesamiento de datos mediante algoritmos e inteligencia artificial determina los procesos psicológicos, sociales, económicos y políticos (Han: *Infocracia*. 9). Este régimen se vale de las técnicas de dominio propias del capitalismo neoliberal, paradigma de la sociedad del rendimiento, de la optimización hasta morir, cuyo imperativo moral es “no poder no poder”. Por otro lado, tres ejes del discurso de P. General Arturo Sosa, S.J. en la Asamblea de la Asociación Internacional de Universidades Jesuitas, que tuvo lugar en Boston, agosto de 2022, cuya pregunta central a las universidades de la Compañía es ¿Qué es lo propio, lo especial o único de su modo de insertarse en el presente?

En mi lectura, la respuesta del P. General acerca de la identidad de las instituciones educativas jesuitas gira sobre tres ejes:

1. Discernimiento: para evitar la interpretación estrictamente teológica del concepto, cuya hondura desborda esta intervención, lo equiparo al pensar con cuidado y de manera dialógica, comunicativa, actitud reflexiva y prudente de apertura a la novedad –que diferencia radicalmente de la innovación–, al acontecimiento que nos interpela. Solo comprendemos el presente e iluminamos la acción de esperanza futura en la dinámica de atención profunda a la pluralidad de perspectivas y sensibilidades culturales, generacionales, religiosas e ideológicas propias de una comunidad universitaria. La asíntota del pensar no es otra cosa que la búsqueda de lo común y esto es nuestra humanidad vulnerable, inquieta y perpleja en pos del sentido. El trasfondo del pensar lo constituyen opciones de valor compartidas, que animan la creatividad en un espacio esencialmente plural.
2. La formación de personas para una vida personal y ciudadana con sentido. La pregunta por el sentido, existencial y política o ciudadana a la vez, nos inserta en el mundo real para interpelarlo sobre sus potencialidades negadas y así, orienta la acción. La excelencia de las universidades jesuitas se centra en “ser instituciones en las que trabajan, investigan, enseñan y estudian personas que encuentran las condiciones para una vida con sentido”, afirma el P. Sosa. El horizonte del compromiso ético con el sentido es el reconocimiento recíproco, la solidaridad y la motivación por la justicia.
3. La cultura de la cooperación –vs. la cultura de la productividad, el rendimiento y la competitividad– es el dispositivo que dinamiza los dos ejes anteriores. Es cultura de la comunicación, que vive del uso específico del lenguaje para conversar, es decir, para abrir el mundo de la experiencia a la diferencia, a la multiplicidad de perspectivas, y para razonar, deliberar, argumentar en calidad de interlocutores válidos que experimentan un ambiente libre de coacciones, propicio al ejercicio de la libertad, del “uso público de la razón” (Kant, I. “Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?”). En esta práctica de la acción comunicativa, hablantes y oyentes se escuchan, interpelan, preguntan, disienten y, sobre todo,

¹ Intervención en el panel: Sentido y propósito de la transformación digital en la universidad. XIV Jornada de Reflexión Universitaria. Transformación digital. Melgar, 24-26 de agosto de 2022.

aprenden a cultivar sus emociones y a refinar sus opiniones, a construir un nosotros razonable. Comunicarnos con la pretensión de entendernos es la matriz de la pertenencia.

A primera vista, parece que la identidad propuesta para nuestras universidades jesuitas se acopla sin fisuras con las promesas de la cultura digital, de la sociedad de la información: la apertura al conocimiento que circula ilimitado a nivel global y la comunicación constante, en tiempo real, sin ningún tipo de fronteras, al alcance de un clic. En suma, la transparencia, la forma de vida caracterizada por la exposición voluntaria en el enjambre digital, la desaparición del secreto, del misterio: “Transparencia e información son sinónimos” (Byung-Chul-Han. *Infocracia*, 15).

La paradoja, sin embargo, consiste en que en el régimen de la información se ven amenazados tanto el pensamiento como la acción comunicativa, los dos poderes de resistencia que precisamente nos hacen humanos. No es casual que se hable hoy de post-humanismo, de un mundo que se sueña en calma, sin conflicto, homogéneo, sin la presencia perturbadora de la razón y de los vínculos con la alteridad. Mundo en el que el procesamiento de datos por algoritmos y la inteligencia artificial determinan nuestro habitar; mundo en el cual, curiosamente, nos sentimos libres, sin percatarnos de la vigilancia y la prisión sutil que ejerce la psicometría (psicopolítica que ha sustituido a la biopolítica) que diluye la subjetividad en “perfiles”, en “bultos de datos”, a los que seduce a consumir al infinito, mediante estímulos constantes, atractivos a sus gustos. Así, se confunde la elección libre con la selección consumista de objetos y personas.

Es crucial advertir que “la dominación se consuma en el momento en que la libertad y la vigilancia se aúnan” (Byung-Chul-Han. *Infocracia*, 14). No hay violencia sino motivación, optimización, “likes”, “continuar”.

1. La amenaza al pensar: el “dataísmo” es el olvido del pensar, solo habla de lo dado y así la realidad, las cosas –anclas de sentido, de narración, de memoria y fantasía– polos de reposo de la vida, ya no son objeto de percepción, de pregunta, de silencio contemplativo ni de nostalgia, han dejado de ser “cosas queridas”. A las no-cosas o infómatas (actores que procesan información: carros, teléfonos inteligentes, relojes) adherimos nuestra identidad y nos sometemos con docilidad. (Byung-Chul-Han: *No cosas*, 15).

Para comprender por qué la avalancha de información, de datos a la que estamos sometidos en la vida cotidiana constituye una amenaza para el pensar, es preciso introducir una diferencia importante –epistémica y política– entre la información, el conocimiento y la prudencia o sabiduría práctica:

La información solo correlaciona datos, lo existente, calcula, computa, predice, constata: A ocurre a menudo con B. La circulación en red de datos es tan vertiginosa como fugaz; el universo del Big-data es aditivo, solo puede tomar nota y estar atento a la sorpresa. La inteligencia artificial es ciega para los acontecimientos, para el sentido, solo puede elegir entre opciones dadas de antemano, probabilidades. La información y los datos no tienen profundidad, simplemente detectan y resuelven problemas. El riesgo es que el pensamiento humano se asemeje a la inteligencia de las cosas y se vuelva maquinal, quede entrampado en que ellas piensen por mí. La minería de datos, en la cual empleamos incontables horas es, en verdad, una forma muy primitiva de saber.

El conocimiento es el ámbito de la ciencia, establece por qué suceden los fenómenos, explica las causas de efectos observados.

El pensamiento o sabiduría práctica, no indaga las cosas como son, pregunta por su deber-ser, es acontecimiento, acción, estremecimiento animado por el Eros, ante la negatividad presente en lo que

es como promesa negada en el existente inmediato. Es razón práctica, dimensión ético-política de la racionalidad que pone algo diferente en el mundo, al profundizar en su enigma.

A partir de la distinción anterior, es posible afirmar que el olvido del pensar genera una profunda crisis en el plano cognitivo, cuyos signos son:

- La fugacidad de la información que fragmenta la percepción, nos acostumbra al sobresalto de la sorpresa ocasionada por nuevos datos, de manera que no hay lugar a detenerse, atender, experimentar ni preguntar.
- La sustitución de la racionalidad por la inteligencia hace que nos entrenemos en detectar problemas y hallar soluciones rápidas, eficaces, exitosas, evadiendo la pregunta por el sentido.
- Se produce paulatinamente una transformación del cerebro, del objeto (el mundo) y del sujeto: de narradores a partir del encuentro con las cosas y con los otros, de lectores y poetas, nos convertimos en cazadores de datos, cuanto más recientes mejor, desestimando la inquietud por la verdad.
- Se desestimula la observación larga y lenta, la lectura profunda, la escritura en párrafos, el argumento, la deliberación, el silencio, la reflexión, todos ellos procesos lentos, pacientes, tediosos, ineficaces y siempre a tientas.
- Las cosas como las personas en el régimen de la información se convierten en obstáculos porque significan tiempo, demora, vínculos, ataduras, amores, cuidados; en fin, reducen el rendimiento.

El olvido del pensar tiene como consecuencia una vida sin permanencia ni duración, sin profundidad. Podemos devenir habitantes de un mundo oscuro de no-cosas (desmaterialización) en el cual perdemos anclas de identidad, un mundo sin alteridad que nos saque del ruido ensordecedor de nuestra propia voz.

2. El fantasma de la comunicación

El ámbito del pensar es la alteridad, la intersubjetividad. Es la presencia, el rostro, la voz, el gesto, la mirada del otro diferente lo que suscita empatía y confianza, fuerzas formadoras porque descentran, movilizan el deseo, la curiosidad, primer impulso erótico de la mente.

La comunicación es acción, una orientación hacia el mundo para develar lo importante. Su forma propia es el discurso, el habla que reconoce a todo otro como interlocutor válido. Sin presencia del otro la opinión puede ser informada, pero es autista, dogmática, doctrinaria. El discurso está articulado en pretensiones de validez sometidas a la crítica y a la justificación. Etimológicamente, discurrir es movimiento de ida y vuelta, oscilación, descentración de convicciones: "Solo la voz del otro presta a mi afirmación, a mi opinión, un signo de interrogación" (Byung-Chul-Han. *Infocracia*, 47). Naturalmente, la comunicación genuina resulta en cierto sentido amenazante, porque exige la práctica de escuchar y relativizar la perspectiva egocéntrica de mundo.

Comunicarnos requiere contextos y condiciones, un mundo de la vida compartido, real, perceptible, táctil, corpóreo, un horizonte o subsuelo desde el cual se habla, supuestos culturales, sociales, identitarios (por ejemplo, una nación, una universidad).

A partir de la comprensión de la comunicación planteada, es evidente que la conexión permanente favorecida por la red digital es tan solo un fantasma de comunicación, es comunicación sin comunidad, es información fugaz en la que se pierde por completo la alteridad, la diferencia. El mundo de la red crea la ilusión de identidad y de un mundo común, pero lo único que genera es la autosuficiencia narcisista del consumidor. Escribimos y leemos (si así puede llamarse) mensajes, pero no hablamos,

no esperamos tener interlocutores. Se destierra así la magia del encuentro, en las pantallas todo es homogéneo, uniforme, irreal.

En el plano personal, la hiper-comunicación, el agobio de información, se presenta como segura porque cierra el diálogo, no genera apego, de modo que, a la postre, nuestros seguidores o *influencers* hacen más profunda la soledad. El narcisismo y la depresión son las patologías del presente. Se nos inculca desde niños que vivir es encontrar la aplicación que resuelva nuestros problemas. El mundo digital no nos mira, no nos toca ni interpela, determina nuestra experiencia, pero es muy precario en miradas y voces, así, sin que seamos conscientes, desaparece el otro y quizás también nosotros mismos.

En el mundo digital no se entablan relaciones, porque la relación supone un ser diferente, reciprocidad (un tú no es un eso); es un mundo precario en el que estamos todo el tiempo en contacto, conectados unos con otros, pero en el que no se crean distancias que susciten fantasía ni deseo.

Cada vez se torna más difícil la experiencia de la presencia, lo cual hace que se pierda el encanto, el asombro, la posibilidad de pensar y construir un mundo de esperanza desde nuestra común vulnerabilidad. Vivimos refugiados, temerosos de ser heridos por estar expuestos al otro, a amarlo, a extrañarlo, a fantasearlo, a enfrentarlo, prácticas totalmente diferentes al dar *likes* o escoger memes. En el mundo digitalizado se tiende a perder todo lazo fuerte, por ser improductivo; hoy es raro amar profundamente, cuidar, proteger, escuchar, sentirse responsable, establecer rituales.

Se podría afirmar que la compulsión a la conexión digital significa la adicción a hablar sin escuchar, el terror al silencio y la necesidad de un ruido permanente que acalla la pregunta por el sentido.

En la vida pública, la “infocracia”, según Han, es la decadencia de la democracia, porque el ciudadano queda reducido a mero espectador y consumidor. La deliberación sobre lo que nos afecta, sobre lo común, sobre los ideales, se hace superflua por ineficiente. En realidad, se socava el principio fundamental de la sociedad democrática, a saber, la autoobservación y la deliberación sobre lo relevante del presente y de las apuestas a futuro. Asistimos a una distorsión sistemática de la opinión pública y a una banalización del debate político, ahogados en la jungla de información cuya la verdad o falsedad se han tornado irrelevantes.

En el mundo digital las identidades se vinculan a tribus cerradas, acrílicas, que ven al otro diferente como amenaza y enemigo; el tribalismo de las redes nos hace sordos a la voz del otro, porque a las convicciones ajenas a la reflexión los seguidores tienen adherida su identidad. La ciudadanía democrática se diluye en polarización y nos hacemos sordos a la pluralidad, a la diferencia. Para Han esta es la decadencia de la democracia, una crisis del escuchar: “La escucha es un acto político en la medida en que integra a las personas en una comunidad y las capacita para el discurso. Crea un nosotros. La democracia es una comunidad de oyentes” (Byung-Chul-Han. *Infocracia*, 55).

La comunidad sin comunicación no existe, de manera que cuando la comunicación se reduce a un enjambre de información, su efecto es la erosión de la comunidad, cuyo corazón es la política del escuchar.

Conclusión. La transformación digital. El papel de la universidad

La tarea universitaria de búsqueda de sentido no puede asumir imágenes apocalípticas ni entusiasmos ingenuos de cara a los signos del presente. Ambas actitudes son ajenas a su *ethos*. Ser universitario es comprometerse con la tarea difícil, tediosa, lenta, de pensar. ¿Pensar qué? El presente,

acercarse con conceptos, ideas, sensibilidad y disposición a la lectura cuidadosa y a la escucha profunda de los signos de los tiempos e interrogar “lo dado”.

Si alguna oportunidad está ínsita en la transformación digital es el aligeramiento de las tareas instrumentales, el podernos despreocupar y des-ocupar de aquello que los objetos inteligentes pueden hacer. Se trata de procurar desinstalarnos del papel de funcionarios (tanto administrativos como profesores y estudiantes), de reducir la pretensión de control. Es una invitación a perder el miedo al ocio, al asombro, a la curiosidad, a rescatar en ellos su potencial para generar escenarios de contemplación, de observación, de perplejidad. Dar lugar al Eros, al gusto por lo que hacemos, al encuentro que estimula la pregunta y la imaginación. La sociedad digital ya no necesita la pesadísima carga burocrática propia del panóptico, requiere personas dedicadas a pensar lo común en comunidad.

La exigencia es fortalecer la intersubjetividad, la comunidad real de conversadores, razonadores y argumentadores en pequeños círculos que operen como vasos comunicantes. Esta es la dinámica propia de la vida universitaria, que nos permite recuperar la sensación de que como humanos no somos superfluos ni obsoletos. ¿Si la universidad no asume esta responsabilidad, qué otra institución podrá o deseará hacerlo?

En la llamada cuarta ilustración, sigue siendo válida la divisa propuesta por Kant para la primera: “¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento sin tutores!”. Si en el siglo XVIII pensaba la ilustración como emancipación del ciudadano respecto a gobernantes que impedían el ejercicio de la autonomía en cuestiones decisivas para el bien común, hoy su clamor sería más enfático, al vernos sometidos dócilmente al dominio y vigilancia de las “cosas inteligentes”.

Kant se preguntó cómo en el siglo XVII la revolución científica fue posible. Su respuesta resulta iluminadora: cuando los matemáticos y los físicos se acercaron a la naturaleza en actitud de jueces quienes, con sus experimentos en una mano y sus teorías en la otra, la obligaban a responder a sus preguntas. Hoy, ante la transformación digital, es preciso acercarnos como comunidad de pensadores a las demandas de la sociedad de la información y del mercado con la reflexión, sin olvidar la pregunta por el sentido, que orienta la deliberación y la acción.

Muchas gracias.